

cerdos, en escobas y en gallos, hiende los aires con vocerío y estrépito de hierros, tambores y trompetería, dejando largo rastro de humo, y hedor de azufre y hollín. Por donde pasa la ululante caterva, lanza la tierra bocanadas de fuego, acompañadas de estridentes detonaciones. La montaña, pocos momentos há solitaria, se puebla de gente: por todas partes se ven grupos: aquí jóvenes gallardas, allá viejas decrepitas y como agobiadas por el peso de los años; las unas esbeltas, finas, elegantes; las otras deformes, harapientas y soeces. Parece aquello un hormiguero. Los fuegos fatuos avanzan y se cruzan, huyendo de las rocas y buscando las zarzas, los helechos y las árgomas.

Hacia el recuesto de la montaña resuenan pisadas de caballo y se ve resplandor: momentos después, llega adonde estaba el grupo de las mujeres de Urdax un hombre vestido con traje eclesiástico montado en un macho blanco, llevando á la grupa una horrible vieja, desdentada y barbuda, de ojos pequeños y relucientes, tan flaca y nudosa que parece un haz de leña envuelto en trapos. Aquella mujer se ríe con voz chillona que taldra los oídos, saludando á los circunstantes con inmundos dicharachos. Acompañan á estos jinetes hombres y mujeres ebrios, brincando y bailando al són de un destemplado tamboril y enarbolando humosas teas.

Fijó Grachina sus azules ojos en el grupo del macho blanco, y volviéndose maravillada á sus compañeras, exclama:

—¡Ay, Osambela, el señor cura de Zugarramurdi!

—¿No te dije yo—contesta la Josepa Antoni—que venimos aquí lo mejor de la tierra?

En aquel instante se acercan á las muchachas de Urdax el del macho y su comitiva.

—¡Cuidado, Miquela—grita la vieja—que ya se te conoce demasiado la gordura del talle, y el día menos pensado, tu padre, que es muy bruto, te acaricia con una vara de acebo!

Miquela se tapó la cara con las manos y lanzó un sollozo: las amigas, excepto Grachina que la tuvo lástima, se sonrieron

maliciosamente. Pero aquello pasó pronto, porque sobrevino un verdadero prodigio.

De los cuatro lados del horizonte avanzaban, como en columna cerrada, formas humanas cabalgando en grullas, en buitres, en lechuzas y cuervos, con tan horrible baraúnda de alatazos, desaforados gritos, sonar de cencerros y cuernos, y martilleo de almireces y calderas, que no parecía sino que se desplomaba el firmamento. Aquella aérea caballería rasgaba las tupidas nubes, saliendo de ellas con copos de grisientos vapores pegados al cuerpo, los cuales brillaban un leve instante al fulgor intermitente de la luna, perdiéndose en seguida en la tétrica tinta de otras nubes.

Continúa la ascensión, y de allí á poco dice la Josepa Antoni: Ya hemos llegado.—Y saca sus zapatos de la bolsa del delantal, y se los calza, imitándola sus compañeras.

El paraje donde están ahora es una extensa explanada, tapizada de menuda y espesa hierba: la concurrencia, inmensa, incontable; por todos lados desembocan en aquel llano nuevos aluviones de gente, niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejas rotas y remendadas, tiznadas de hollín, desdentadas, narigudas y medio calvas, con las víboras al cuello y los lagartos en los lacios y colgantes pechos. Allí se juntan hechiceros y neófitos de toda la Navarra vasca y de los pueblos cercanos de Guipúzcoa y del Labourd. Cada cual busca su pareja con explosiones de regocijo y con lascivas muecas: sólo se quedan solas Grachina y una *cascarota* de Ziburu (1) de negros ojos, cabello crespo, tez bronceada y formas esbeltas como una canéfora ateniense. El temor las unió á ambas.

Al tañido de una campana, entró en movimiento aquella abigarrada muchedumbre: todos se dirigieron al centro de la ex-

(1) Los *Cascarots* de Ciboure son del mismo origen que nuestros gitanos: se dedican á la pesca, y sus mujeres é hijas son las que venden el pescado en Biarritz y Bayona, corriendo las calles con el canasto en la cabeza, sueltas y ligeras como ciervas salvajes.



planada. Alzabase allí un trono de madera negra con dosel rojo, y en él estaba sentado un sér espantoso y grotesco á la vez, medio hombre y medio chivo, con la frente armada de dos enormes y retorcidos cuernos, panzudo como un hidrópico, flaco como un esqueleto, de ojos encandilados y saltones, boca rasgada hasta las orejas, negro desde la pezuña hasta la raíz de la cornamenta y cubierto con un paño de lana inculta y lacia. Á sus piés estaban sentados Osambela, el cura de Zugarramurdi, y la vieja que con él cabalgaba á grupas. Á la izquierda se levantaba un campanario de madera, y á la derecha un tablado y una cruz toscamente formada con dos troncos de árbol retorcidos y nudosos. Del trono brotaban llamaradas de olor de azufre, ora rojizas, ora cárdenas ó azuladas, nunca claras y alegres.

El diablo—llamémosle por su nombre—se puso en pié, y resonó una inmensa aclamación de amor y de entusiasmo: en seguida, el tétrico monarca del abismo se volvió de espaldas, se echó á gatas sobre el trono, levantó la cola, y dió á besar al público su trasero.

Ejecutar este acto soez y precipitarse la gente á adorarle poniéndose de rodillas, todo fué uno. Cerca de una hora duró aquel inmundo besuqueo: terminado el cual, dos hombres subieron al tablado, el uno con un *chistu* ó flauta rústica, y el otro con su tamboril; las agudas notas de la *chirola* (1) rasgaron el aire, los redobles del atabal despertaron los ecos de las montañas, y la mayor parte de los concurrentes, cogidos de las manos, empezaron á bailar, dando vueltas cada vez más rápidas al redor del trono.

Reconoció Grachina en los dos músicos á los tamborileros de Echalar, pero jamás les había oído producir sonidos semejantes. El són que tocaban ahora era excitante, persuasivo, irresistible; era como una tentación maléfica, infernal, diluída en notas chillonas que, filtrándose por los oídos, llegaba al corazón

(1) Flauta rústica, *chistu* y *chirola* es todo uno entre los vascos.

desatando todos los instintos, enardeciendo todos los apetitos, aguzando é irritando todos los sentidos. La chusma danzante se agitaba con delirio, giraba vertiginosa, lanzando alaridos, carcajadas y blasfemias, presa de un frenesí bestial. Las llamas que vomitaba el trono formaban una diabólica aureola que iluminaba todos los seres y objetos de la montaña, la cual trepidaba cual si quisiera animarse: el cielo estaba en tinieblas, y las nubes tan bajas, que los bordes de las más próximas á la cumbre se teñían de purpurinos reflejos. El viento gemía en los barrancos y en los bosques: la niebla, abismada en el valle, se cernía lentamente de un lado á otro como una densa humareda.

Cesó la danza á una señal de Satanás: al movimiento vertiginoso siguió una inmovilidad absoluta: la vieja que había estado sentada á los piés del cabrón junto á Osambela, se levantó y, tan cínica como horrenda, se desnudó hasta ponerse enteramente en cueros, dejando ver sus carnes denegridas, sus piés deformes y juanetudos, sus pechos lacios y arrugados como vejigas desinfladas, su vientre abombado, sus rodillas nudosas, sus brazos secos como cañas, sus piernas retorcidas como alfanjes, sus manos huesosas y cubiertas de asqueroso vello, como las zarpas del orangután. Sobre sus espaldas echaron un paño blanco y ella se puso en cuatro piés remedando una especie de mesa de altar; Osambela se revistió de alba y casulla como para celebrar misa; y ayudado por un chicuelo bisojo, con cara de bellaco y mal aspecto, practicó una parodia del Santo Sacrificio, alzando una hostia negra y un cáliz coronado de llamas carmíneas y humeantes. Terminada la *misa negra*, el celebrante y la vieja adoraron al cabrón demoniaco, y los tamborileros volvieron á tocar sus instrumentos, bailando al són la bruja y el diablo una danza obscena que arrancó aplausos y vítores á los espectadores.

El diablo tomó luégo asiento, y dijo con voz cavernosa:

—Si hay algún neófito que quiera profesar en mi religión, salga afuera acompañado de su padrino ó madrina. Yo estoy



dispuesto á admitirle en mi Iglesia, concediéndole todas las gracias, beneficios y privilegios que disfrutaban los profesos.

Hubo unos instantes de expectación general, y la Josepa Antoni, acompañada de la Miquela, salió al centro del círculo. Llevaba la Josepa su lagarto encima del corazón á manera de insignia ó escudo.

—Hola, mi amada Izarbeltz (1)—dijo el diablo dirigiéndose á ella—veo que perseveras en tu buen celo apostólico. Si todos mis vasallos fueran como tú, pronto el mundo se vería sometido á mi imperio y gobierno. Esta noche serás mi pareja en la gran danza en cueros.

La profesora se arrodilló y besó tres veces la pezuña de Satanás. En seguida dijo:

—Gracias, Señor, no soy digna de tan gran merced; pero tú lo puedes todo y ensalzas al humilde.

—Ponte de pié, mi predilecta Izarbeltz, y habla.

—Señor, aquí tienes una mujer que desea entrar en tu Iglesia para adorarte y servirte eternamente.

—¿Con qué nombre?

—Con el de Osiñbeltz (2).

—¿Qué ha hecho en contra de los dogmas de la moral de mi enemigo?

—Ha cedido á los halagos de su amante.

—Bueno. Adelántate, Osiñbeltz. ¿Es cierto que quieres entrar en mi Iglesia?

—Sí, Señor, es cierto—respondió la Miquela con voz trémula.

—¿Es cierto que estás pronta á adorarme y servirme, obediéndome en todo y amándome sobre todas las cosas?

—Sí, Señor, es cierto.

—¿Es cierto que confesarás mi fe en público cuando sea preciso y que sufrirás por ella la muerte y el martirio?

(1) *Izarbeltz*, estrella negra.

(2) *Osiñbeltz*, ortiga negra.

—Sí, Señor, es cierto.

—¿Es cierto que estás dispuesta á abominar de todo lo que has adorado hasta el día, y á despreciarlo, renegar y hacer de ello ludibrio?

La Miquela vaciló un instante, y con voz aún más trémula y apagada, añadió:

—Sí, Señor, es cierto.

—Pues bien, adórame, Osiñbeltz.

El diablo se volvió de espaldas y la Miquela le adoró según rito.

Una formidable exclamación estalló como un terremoto. El trono arrojó á manera de surtidores dos inmensos chorros de fuego, que se perdieron culebreando en las nubes.

El diablo se sonrió con expresión de siniestra alegría, y dijo:

—Osiñbeltz, antes María, Agustina, Micaela Goyeneche, hija del caserío Gañecoborda, donde siempre habitaron cristianos, me perteneces para siempre. En testimonio de mi perpetua soberanía, márcala con mi sello, Izúrritebeltz (1).

Osambela, ó sea Izúrritebeltz, se acercó á la apóstata, y agarrándola por el cuello con la mano izquierda, sin hacer caso de sus gritos de dolor y espanto, marcó con una moneda de oro en la niña de su ojo izquierdo la imagen microscópica de un sapo, distintivo tradicional de los sectarios de Satán en la euskal-erría.

—Arrodíllate nuevamente, Osiñbeltz.

Así lo hizo ésta, y el diablo, sacando de su seno un gran lagarto, se lo entregó diciéndole:

—Cuida más que de tu propia vida de este animal sagrado y maravilloso. Con su baba confeccionarás el unguento que te tornará invisible y te permitirá volar por los aires montada en cualquier objeto ó animal, sin que nieblas, ni mares, ni montañas, ni bosques, ni barrancos, ni ríos, ni paredes, ni cadenas,

(1) *Izúrritebeltz*, peste negra.



sean parte bastante á detenerte, y el licor que ciega, atonta, enloquece, enferma á los hombres y ganados, y mata, lenta ó súbitamente, según se quiera. Llévalo siempre contigo y siembra maleficios en los campos, las casas y los corrales de mis enemigos y de los tuyos. Sé libre y sacia todos los deseos de tu cuerpo. Siembra la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria y todos los demás pecados por el mundo. Cuando nazca tu hijo, no lo bautices y mávalo. Nadie lo sabrá, excepto yo, que me regocijaré en ti. Coge ahora tres piedras, ponte delante de esa cruz, repite mis palabras y haz lo que te mande. Concluído esto, bailaremos todos y nos entregaremos á la orgía, hasta que la aurora empiece á colorear las nubes en oriente.

Osiñbeltz cogió las tres piedras y se dispuso á obedecer.

—Repite mis palabras: «¡Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegación! ¡Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas! Reniego de ti, y me voy con el eterno Proscrito, con el gran libertador.» Apedrea la cruz.

Había estado Grachina presenciando esta escena con una curiosidad mezclada de terror y de repugnancia inaudita. Sus piernas flaqueaban, y sin embargo, levantaba la cabeza cuanto podía para mirar por encima de los hombros de los que estaban delante de ella. Pero al escuchar las blasfemias repetidas por la Miquela y ver la primera piedra lanzada por ella rebotar en el leño de la cruz, dió un salto hacia atrás y exclamó horrorizada:

—*¡Ah, Jesús ona! ¡Ene andre biryina María!* (1).

Estas palabras, aunque pronunciadas á media voz, resonaron á gran distancia con un dulcísimo timbre cristalino. Un alarido de desesperación y rabia contestó á ellas, y toda aquella obscena y sacrílega chusma, como ceniza aventada por el huracán, se despeñó monte abajo ó se sumergió en las brumas del horizonte, quedando sola en medio de la alta planicie la pobre Grachi-

(1) ¡Ah buen Jesús! Mi señora Virgen María!

na, ya medio muerta de miedo y de pena. La hermosa niña se arrodilló ante la cruz, lloró mucho, pidió perdón á Dios de su pecado, se encomendó á la Virgen Santísima, y herida en el corazón, tras un congojoso grito, cayó en tierra exánime.

Un ángel más radiante que el sol y más perfumado que un jardín en Mayo, bajó lentamente, se cernió sobre ella, recogió su alma fugitiva del cuerpo, y la subió al cielo.

Varios arrieros que aquella noche atravesaron el puerto de Otsondo, dijeron al día siguiente que á eso de las dos de la madrugada habían notado sobre el Archuri un resplandor como de arco-iris, pero mucho más brillante; que los pájaros, creyendo sin duda que aquella tornasolada luz era la de la aurora, habían prorrumpido en trinos y gorjeos; que la claridad fué subiendo hacia arriba hasta extinguirse completamente; y que habían oído como repicar campanas, música como de arpas, y cánticos dulces y lejanos.

Tres días después, los pastores de Urdax y Zugarramurdi encontraron el cadáver de Grachina en la cumbre de Archuri, hermosa como en vida, sin más detrimento que la palidez de sus labios y mejillas.

Los hechos que forman el cuadro de esta preciosa leyenda, concuerdan en lo sustancial con la historia. Según la que publicó Llorente *De la Inquisición de España*, en los días 7 y 8 de Noviembre de 1610 (1), los Inquisidores de Logroño celebraron solemne auto general de fe con cincuenta y tres causas: once de relajación, veintiuna de reconciliación, y otras veintiuna de penitencia de sospechosos y delincuentes. Los once relajados

(1) Al año siguiente del famoso proceso seguido en el Labourd y el Béarn por los dos jueces delegados del parlamento de Burdeos, De Lancre y D'Espagnet.